

Algo más que leer: mirar

Carlos Plasencia Climent

*Jo era un ull que veia però no mirava.
I tot procés ha estat de reeixir a saber mirar,
reixir en l'empresa de penetrar les coses.
Joan Brossa*

Muchos somos los lectores que más allá de la lectura, nos gustan los libros e incluso llegamos a sentir pasión por algunos de ellos. Depositarios de un inabarcable patrimonio inmaterial, los libros, no solo son vehículo de conocimientos, lo son también de valores, algo fundamental a la hora de que encontremos el mejor modo de vivir lo que a cada uno nos toca. No resulta difícil; por tanto, que el libro pueda llegar a ser algo más que un simple objeto que podamos elegir a nuestro antojo con la finalidad de ilustrarnos, entretenernos o instruirnos en algo. Sea por su contenido, su autor, la edición o cualquier otro rasgo que lo personalice, el libro puede ofrecérsenos como un relicario de intangibles, un fetiche o un auténtico tesoro.

La puntualización les puede parecer excesiva, pero los escritores no escriben los libros, escriben todo lo que se dice en ellos, es decir, los textos. Aunque no exista unanimidad en cuanto a la definición de texto, algunos lingüistas describen el concepto como “*una composición de signos codificado en un sistema de escritura que forma una unidad de sentido*”; una unidad, añadiríamos, comunicativa, cohesionada y coherente, al servicio de un discurso que se pretende conservar y divulgar sobrepasando los límites del tiempo y el espacio, y es precisamente eso, “su conservación y divulgación”, lo que justifica la existencia del libro. Pero éste no deja

de ser un soporte, en definitiva, un conjunto de hojas de papel cosidas o encuadernadas juntas, con texto impreso y conformando un volumen. Y aunque sea más importante lo que en él se escriba, adquiere relevancia e incluso notoriedad cuando para realzar la importancia de lo que se dice, el libro le regala, en favor de su corrección, elegancia y autoridad, la calidad de sus materiales, el espacio para ilustrarlo y la riqueza tipográfica necesaria para su mejor presentación.

Libro de los muertos, 1300 a.C.



Sabemos que los primeros libros fueron manuscritos, pero quizás convenga recordar que tenemos testimonio de su existencia desde hace más de 4000 años. Si ahora hablamos de *hojas* al referirnos a las páginas, es porque hojas de palmera utilizaban los antiguos egipcios para escribir en ellas, antes de que fueran tratadas para obtener los llamados *papiros*, de superficie más adecuada para las tintas. Fueron precisamente ellos, los egipcios, los primeros en escribir en columnas y emplear el dibujo para ilustrar los rollos de papiro. Vendría después el *pergamino* de piel tensada y blanqueada, un invento que se atribuye a Eumenes II, un rey de Asia Menor, y que sirvió a griegos y romanos para realizar los *códices*, pliegos de resistentes láminas, apiladas y atadas, verdadero antecedente del libro actual, cuya practicidad terminó con el empleo de frágiles rollos como soporte para la escritura.

Aunque se tiene noticia de otros más antiguos realizados en China y Corea, hay que irse al año 1455 para encontrar el primer libro impreso en Europa, la conocida Biblia en latín que realizara Gutenberg (Johannes Gensfleisch), gracias a la confluencia de varias tecnologías: la que permitió el empleo de tipos (letras) móviles y la que hizo realidad el papel. Hasta ese momento, la xilografía (una técnica que llegó a Europa en el siglo XIII procedente de China) era la única “tecnología” que permitía la copia rápida y efectiva de un original.